

C.D.R.S. - A.E.F.

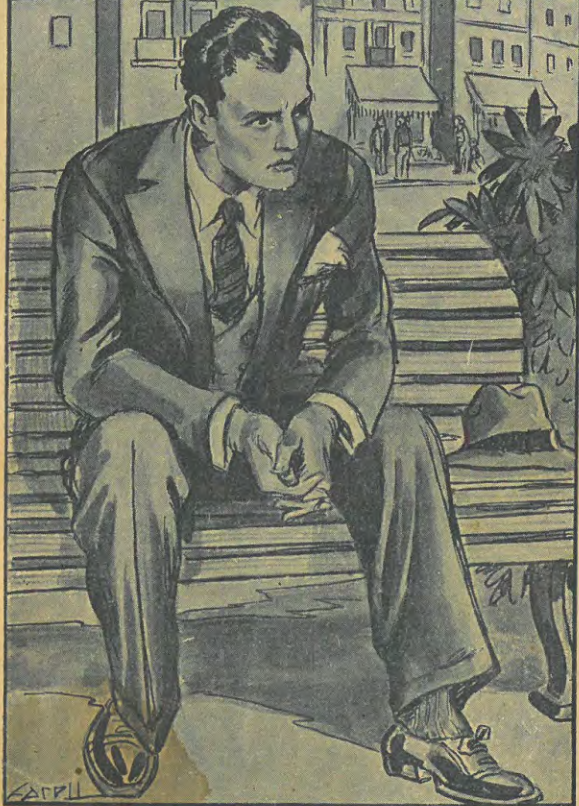
Barcelona

LA NOVELA LIBRE



Esta es la novela de las hondas emociones y de los grandes atrevimientos. Consta de 64 páginas, cubierta mate a tres colores; texto papel satinado; ejemplar suelto, pesetas 0'50; suscripción, 3 pesetas semestre. A los correspondientes, el 25 por 100 de descuento. Aparece cada mes, y el primer número salió el día 20 del actual, cuyo título es *Todo lo vence el amor*, escrita por Adrián del Valle.

LA NOVELA IDEAL



El hombre que pensó en matar
NÚM. 369

Por Pedro Mas de Valón
15 CENTS.

Mester.—221. *El celoso*, de Andrés Ramos Alvarado.—222. *El primero placer de los dioses*, de A. Fernández Escobés.—223. *El alma de la barriada*, de Joaquín Sierra.—224. *La mujer que hula del amor*, de Federica Montseny.—225. *Supo vengarse*, de Manuel P. de Somacarrera.—226. *La rapaza del pradal*, de Mauro Bajaterra.—227. *El aventurero sin ventura*, de Federico Urales.—228. *La propia obra*, de Ricardo Peña.—229. *Vidas humildes*, de María del Amparo Borrás.—230. *Del monte a la llanura*, de Lázaro Brocal.—231. *El batelero*, de Ángela Graupera.—232. *Una historia triste*, por Federica Montseny.—231. *El otro padre*, de Diego Ramón.—234. *La señorita de compañía*, de Rosario Montes.—235. *La fuga de dos enamorados*, de Federico Urales.—236. *Tavi, la india*, de José M. Vilarinho Guilló.—237. *El hijo del camino*, de Antonia Maymón.—238. *Supervivencia*, de A. Fernández Escobés.—239. *El dolor del pueblo*, de Antonio Guardiola.—240. *Sacrificio*, de Lázaro Brocal.—241. *Un Club de mujeres fatales*, de F. Aláiz.—242. *Nocturno de amor*, de Federica Montseny.—243. *La alcaldesa de X*, de Ramón Cortés.—244. *La de mi desgracia*, de Federico Urales.—245. *El hijo*, de Dora Ferré.—246. *Sembrando ideas*, de Valentín Obac.—247. *El soto del cerezal*, de Regina Opisso.—248. *En la cárcel*, de Manuel Herrera.—249. *Reflejo de Dios*, de A. Fernández Escobés.—250. *Ley de amor*, de Lázaro Brocal.—251. *El amor que pasa*, de Federica Montseny.—252. *Las amapolas*, de Federico Urales.—253. *Los viejos*, de Ángela Graupera.—254. *El desquite*, de Miguel Rivas.—255. *Las montañas de Bohemia*, de María Solá.—256. *Resurgimiento*, de Pedro Mas de Valois.—257. *El alma de la campiña*, de Mauro Bajaterra.—258. *La venganza de una mujer*, de Regina Opisso.—259. *Mamá postiza*, de A. Fernández Escobés.—260. *Una amazona*, de José Gardeñu.—261. *Servidumbre*, de Valentín Obac.—262. *El único juez o la conciencia de uno mismo*, de Laureano Artigas.—263. *¡Qué fuerte es el amor!*, de Máximo Hamleton.—264. *El fantasma*, de Lázaro Brocal.—265. *Sor luz en el infierno*, de Rosario Montes.—266. *La aurora*, de Juan Gallego Crespo.—267. *La tragedia de Pepita*, de Federico Urales.—268. *Un hombre*, de Federica Montseny.—269. *El sin trabajo*, de Fernando Gispert Boix.—270. *Historia de una gran mujer*, de Arturo Llorens.—271. *Deuda pagada*, de Miguel Rivas.—272. *El San Martín de Basquiñas*, de Román Cortés.—273. *El despertar*, de Ángela Graupera.—274. *Cuando el amor es debido*, de A. Fernández Escobés.—275. *Rema de la belleza y del*



006457

CARTAS

Javier Lavega llegó fatigado como de costumbre a su casa cuando ya el sol comenzaba a despuntar por el horizonte. Fatigado, laxa la aguda tensión de sus músculos se dejó caer sentado sobre el lecho, apoyando los codos en las rodillas y ocultando el rostro entre ambas manos.

Fuera sonaban aún las voces de los jueguistas que, chillando desahoradamente, saludaban así la entrada al nuevo año; cantaban los gallos sobrevividos a las matanzas de las últimas fiestas, y en el firmamento azul palidecían las estrellas, rutilantes, como movidas por el viento glacial que hacía gemir tristemente las desnudas ramas de los árboles.

La habitación que ocupaba Javier Lavega era pequeña y bajísima de techo. Un trozo de cartón cortado grotescamente substituía a dos de los cristales de la ventana y dejaba pasar por entre las rendijas el frío crudo y húmedo del amanecer invernal. Las paredes, desnudas, aparecían manchadas de verde en varios puntos, y el suelo presentaba señales de no haber sido limpiado desde tiempo inmemorial. Por otra parte, a su ocupante preocupábale muy poco el abandono reinante en el cuchitril; diríase que había perdido la sensibilidad y que en nada agradecía el albergue que procurábale la hospitalidad de los demás.

Después de breves instantes de meditación, Javier se levantó temblando de frío, ajustó lo mejor posible las batientes del balcón, y luego, sentándose frente al ruinoso *bureau* que coronaba una de las paredes del cuartucho, extrajo de su cartera unas cuantas cartas y las extendió sobre la mesa sonriendo tristemente.

Buscó entre los sobres a uno pequeño, de fuerte papel cuidadosamente conservado, del cual sacó una fotografía

que dejó también sobre la mesa después de contemplarla brevemente. Era la de una muchacha muy joven aún, cuyo rostro bellissimo, de líneas suaves y delicadas, parecía vivir dentro del brillo mate de la cartulina. Al través de ésta adivinábanse los caracteres grandes e irregulares trazados por la pluma en una mano femenina, y el joven los leyó mentalmente:

«Para mi Javier, con todo el amor de su María Luisa.»

Luego separó los ojos del retrato posándolos sobre las otras cartas. Eran sobres irregulares todos ellos ribeteados con una fina cinta de purpurina, y Javier comenzó a leerlas por centésima vez.

«Me dices en la tuya que yo soy el único aliciente de tu vida. ¿Acaso no eres tú más para mí...? No puedo acostumbrarme a no verte, Javier. ¡Te quiero tanto...!»

Otra era más explícita:

«No puedo comprender ese tu pesimismo continuo que te hace ver las cosas de tan mal color. Me hablas continuamente de «ocuras». ¿No estás seguro de mi amor? Contéstame pronto, una carta muy larga, y hasta la tuya, te quiere tu

»María Luisa.»

Las manos de Javier temblaron al tomar la última de las cartas.

«La fatalidad nos persigue, Javier; pero esto, respecto a mí, aumenta mi cariño. Tú, tú eres quien me olvidará.»

— ¡La fatalidad! — murmuró el joven —. Sí, indudablemente es la fatalidad quien me persigue... Pero a mí solo... Ella...

Se interrumpió, levantándose y dirigiéndose al lecho. Temblaba de frío y, sin embargo, ardía la frente.

— Hoy ya nadie enloquece de amor — prosiguió en alta voz y desnudándose a toda prisa —. A lo sumo, éste es uno de los factores morbosos que contribuye al desequilibrio mental, no la causa primera. En fin, se aproxima la hora de hacer algo, y comienzo a dudar de mí mismo. ¿Será verdad que me voy volviendo un cobarde?

Estaba enfermo y deliraba continuamente al influjo de la fiebre. Su mentalidad, quizá no todo lo clarividente que él mismo creía, ofuscábase buscando solución a miles de problemas que planteábanse a la vez, y aquello contribuía a exasperar más su carácter, ya de por sí irritable e impulsivo.

Como a sí mismo confesábase, hacía una temporada

que era incapaz de llegar a una resolución práctica y provechosa, vacilaba en todo momento, y lo que más exasperábase era comprobar que su debilitamiento databa del mismo día que recibió la primera carta de su novia. Era el 8 de diciembre.

Aquella noche le había sorprendido dolorosamente. Como de costumbre, pensando en recoger carta de su amada dirigióse después de cenar al café donde se las recibían y donde acostumbraban a reunirse sus amigos. Al encontrarlo desierto preguntó admirado la causa al dueño del bar.

— No verás a ninguno hoy por aquí — le respondió éste —. Es la noche de fin de año y todos se quedarán en su casa confortados al suave calor del hogar.

¡La noche de fin de año! ¡Qué resonancia más dolorosa tenía esta frase!

Todos sus compañeros confortábanse en el hogar, un hogar plácido, tranquilo, donde no había tristeza en aquella noche última del año, mientras que él, anhelante siempre de ese hogar que no poseía, dolorida su alma por todas las amarguras que el desengaño incrustó en su carácter soñador, sollozaba casi, allí, impotente, débil, sentado en el más apartado rincón del café, solo, como aquellas cartas que aun conservaban el perfume inconfundible de ella, pero frías, sin vida, amortiguado por la distancia el calor de las frases.

¡Solo! Se daba perfecta cuenta de lo espantoso de su soledad.

Y su mano febril trazaba líneas y más líneas sobre el papel que su amada, la pincelada de ilusión en el marco tétrico y doloroso de sus pensamientos, leería dos días más tarde.

II FRASES

El hombre se crece en la acción del mismo modo que meditando se debilita.

Javier Lavega pasaba ahora por una etapa dolorosa. Había quedado sin empleo y sus medios de vida; acortándose visiblemente, alcanzábale apenas para atender a sus primeras y más apremiantes necesidades. Sus ami-

C.D.H.S.-A.E.F.
Barcelona

gos, que no lo ignoraban, habíanle ofrecido un apoyo que el joven no aceptó aún, confiando en poder salir adelante por sus medios, y aunque así repetíasele continuamente, nada hacía para intentarlo. Díjase que un cansancio inexplicable anquilosaba sus miembros poderosos impidiéndole obrar, y al dinamismo febril y nervioso que le poseyó siempre, había sucedido un decaimiento moral tan espantoso que aceptaba su miseria sin preocuparse siquiera por protestar de ella.

Noctámbulo por placer, pasaba las noches rondando por las calles, con el cuello del abrigo bien levantado, las manos hundidas en los bolsillos y hundido el cerebro en el laberinto intrincado de sus pensamientos múltiples; vagando al azar sin sentir el frío, satisfecho si cuando llegaba a su casa podía dormir unas cuantas horas pesadamente.

Entre todos sus amigos había uno llamado José Torres a quien Javier profesaba un gran cariño con profunda extrañeza por parte de los otros, pues siempre le creyeron inabordable a estos sentimentalismos.

José Torres era un muchacho de veintitrés años escasamente, alto y fuerte con su rostro anguloso y duro eternamente pálido, donde moraba una sombra de indefinible tristeza, y surcada por precoces arrugas la amplia frente.

Ambos jóvenes diferenciábanse en absoluto: Javier, hosco y taciturno, era inflexible en todas sus conclusiones, mientras José Torres, más transigente, más romántico también, no concebía otro reinado que el de la dujura. Publicaba versos en alguna revista ilustrada, y Javier relase de él abiertamente.

— La poesía es propia de mujeres — decía —. Un hombre debe aspirar a más, pues hacer enfermar del hígado a jovencitas pálidas no es ninguna labor que favorezca al progreso.

— ¿Qué quieres? — replicaba Torres enarcando las cejas —. Yo no sé, como tú, fingir los sentimientos. Te burlas de todo quizá porque en el fondo lo respetas, y si mañana llegas a querer profundamente a una mujer, serás desdichado porque tu propio prejuicio te impedirá ser sincero con ella. Yo te envidio esa facultad tuya de disimular; quisiera seguirla, pero no puedo... Siento la poesía...

Javier sonreía enigmáticamente ante las aseveraciones de su amigo.

— Fingir no es un arte, Pepe — decía a veces —, es

una cualidad natural que hace despreciable al humano; por lo tanto, has de creer que te engañas al juzgarme.

— ¿Puedo yo acaso juzgarte a tí? Una opinión no es un juicio, del mismo modo que un deseo no es amor. Pienso en realidad que tras tu *yo* exterior ocúltase una moralidad que desconozco.

Cuando Torres supo por los propios labios de su amigo el drama que cerníase sobre sus nacientes amores, sonrió triunfal seguro de que Javier, con su carácter firme y tenaz, desviaría todos los rayos que en forma de contrariedades amenazaban destruir su cariño, allanándose un camino fácil para el porvenir.

Fué primero la oposición de la familia quien arremetió contra el joven, y más tarde, cuando éste, rebelándose abiertamente, huyó de su casa dispuesto a no volver más a ella, fué la falta de medios para vivir quien le abatió vencido. Con todo, Javier conservó la serenidad hasta el momento que María Luisa hubo de seguir a su familia marchándose a la ciudad. Entonces vació: seguirla significaba perder una labor de varios años y correr la aventura en una región desconocida, donde quizá aguardábanle los repulsivos brazos de la miseria; trabajar para ella era también dejar correr el tiempo y... quién sabe; ¿Quizá llegaría demasiado tarde!

Nació su amor con una fuerza arrolladora e incontenible, ofuscándole completamente, y por más esfuerzos que hizo no pudo alejarlo de él ni aun en los momentos que más lo deseaba. Pero también comprendía Javier lo anormal existente en su glorioso vencimiento. Aquel amor, la paz que anhelaba en los brazos de la mujer querida, tenía por base el abatimiento moral, el inexplicable cansancio hastiado de luchas estériles que sentía.

— Es un refugio dulce y amoroso tenido a mi alcance y al cual no puedo resolverme a perder — pensaba.

Y los ojos azules de la muchacha, puros y tranquilos como las ondas de un lago inmaculado, se le aparecían pletóricos de vida, de un ardor juvenil que prematuramente faltábale a él.

* * *

En el bar reuníanse diariamente todos los amigos. Era un grupo de rebeldes cuya fuerza estribaba en su miseria horrible. Allí ventilábanse los más graves problemas de la sociedad, poníase amor en las frases, ilusión en los actos, y los cerebros, quizá ofuscados, quizá videntes, ve-

neraban la rebeldía como la prueba máxima de la humana virilidad.

Muchas veces aquellas reuniones habían sido interrumpidas por la llegada de la policía, entre cuyas esposas iban a encerrarse las muñecas de algún exaltado. Javier habíase visto obligado a huir alguna vez saltando por un ventanuco que daba al descampado.

— Javier — le gritó un día un compañero —. ¿Puedes explicarnos el por qué cuando aquí viene la policía a desarticularnos callamos aun siendo los más?

— Sí — contestó el joven —. Esos hombres encarnan la ley de un código hecho para las mayorías, y aunque hoy esa mayoría capaz de dictar leyes es muy problemática, nosotros callamos porque nos falta conciencia de la nuestra.

— Luego, ¿es la falta de cohesión quien nos apresa?

— No. Es lo extemporáneo. Antes de realizar violencias se ha de estudiar el ánimo y ver si éste está preparado a soportarlas.

— No te entiendo — dijo José Torres.

— Nuestra fuerza nace ahora, y ya en su alborozo advinase incontenible, pero, como todos los movimientos colectivos de la humanidad, necesita un relativo número de años para generalizarse. Ahora bien, ¿es la nuestra una fuerza proporcionada a la que tenemos por delante? No. Los ídolos, cuando caen, se hunden rápidamente en el fango, pero como resulta que quien ha de darte el empujón definitivo es el mismo que le elevó, éste vacila, duda; su cerebro le dice que es necesaria la acción para el progreso, pero el corazón, sentimental y amante de su obra, fluctúa entre destruir o paralizarse. En todo humano hallamos puntos de contacto con la humanidad en general; por lo tanto podemos, sin temor a ser pedantes, tomar a uno cualquiera de nosotros como ejemplo, simplificando el problema... Tú, Luis, supongamos un caso absurdo. Tu hijo tiene ahora diez y ocho años, ¿verdad?

El llamado Luis, un hombre alto, recio, de rostro afable y simpático dijo que sí con la cabeza. Javier prosiguió:

— Si mañana la salvación de tu compañera dependiese de la muerte de ese hijo a quien amas, si para proseguir su vida uno de los dos el otro hubiera de morir, ¿a quién preferirías? Fíjate bien que ambos son obra tuya: a la mujer la has amoldado a tu carácter, el hijo es

carne de tu carne y la encarnación también de tus ilusiones.

— No sé, Javier. Tendría de decidirlo a cara o cruz.

— Esa es la voz del hombre individualmente hablando; sin embargo, nuestra colectividad, todos nosotros, que estaríamos al margen de la cuestión, opinaríamos preferible dejar perecer a tu mujer. Tu hijo es ya una fuerza viva, latente, viril. Tu mujer ya ha dado su fruto a la Naturaleza. ¿Cierto?

— Cierto — exclamaron varios a la vez.

— Por ley de naturaleza tenemos nosotros la razón, pero tus sentimientos humanos rebelaríanse contra esa, arbitraria o no, ley natural. Lo mismo sucede con las ideas. Cuesta mucho, muchísimo, implantar una nueva cuando sobre el mismo objeto otra ya está arraigada, y que, en definitiva, es más cómodo seguir lo establecido. Hace falta difundirla primero por la persuasión y, cuando se llega a tener la aseveración de ser mayoría, entonces se puede llegar perfecta y lógicamente a la violencia incluso.

— Sin embargo, ¿podemos nosotros ahora recurrir a la persuasión? — preguntó José Torres.

— No, en ningún modo — repuso Javier.

— ¿Por qué?

— Un hombre, un tirano nos lo impide.

— ¿Y sería un crimen matar a éste? — la voz tembló en los labios de Torres y sus ojos posáronse en varios amigos significativamente.

— ¿Crimen...? No, no sería un crimen aun atentando contra la naturaleza. El humano demuestra ser consciente cuando sabe protestar.

— ¿Y si uno de nosotros se decidiese a hacerlo? — inquirió alguien.

— Iría a un sacrificio no estéril. Quizá mañana, por el simple hecho de ser un exaltado criminal, tendría una estatua en cada pueblo del orbe.

Callaron todos. Fuera crepitaba fúgubremente el vendaval moviendo los cristales de las vidrieras. Arrimado a la pared cruzaba el sereno mirando con deseo el interior del bar, y en el mostrador, con los ojos estúpidamente fijos en un reloj, dormitaba el dueño deseoso de que marcharan ya los parroquianos.

G.D.H.S.-A.E.P.
Barcelona

III

DECISIONES

Lo que había nacido débil, tembloroso, consciente de lo enorme de su empresa, se desarrolló prontamente, y una noche, en un local cerrado a toda mirada indiscreta, robustecido infinitamente el grupo de rebeldes que no trabajó en vano, fué decretada para el plazo máximo de un mes la muerte del tirano que imperaba en el país.

Hacia tres semanas que Javier no recibía carta de su novia, y su situación material era cada vez más angustiosa. Vagaba por las calles como atontado, su hipocondría iba en aumento y los amigos no reconocían ya en él al hombre batallador y activo de antaño. A veces habíanle encontrado sentado en un banco de algún paseo público monologando en voz alta, con los ojos extraordinariamente agrandados como los de un loco, adusta la expresión de su rostro pálido.

— Haces mal en preocuparte tanto — le dijo un día José Torres —. Eso no puede durar mucho.

El joven había descubierto en Javier un carácter apasionado, soñador, y no pudo comprender por qué lo ocultó durante tanto tiempo.

— Si no me preocupo, Pepe, puedes creerlo. Ella, María Luisa, me quiere, y sólo achaco la falta de noticias tuyas a deficiencias en el servicio de correos. En lo tocante a mi situación material, poco me importa. La patrona de la casa donde vivo me da aún, aunque muy miserablemente, de comer, segura que se lo pagaré más tarde, y yo... voy tirando del machito... No, no me preocupo, pero estoy enfermo.

— Debieras hacerte una resolución firme, algo...

— Ya la tengo — y los ojos de Javier brillaron ferozmente —. Quizá es la que debí tomar hace tiempo ya.

— ¿Cuál es?

— No puedo decírtela.

Avanzaban por una calleja solitaria del suburbio. La noche fría y antipática de febrero deshaciase en una lluvia helada, y ocultos en los quicios de los portales maullaban los gatos, siniestramente.

— Estoy dispuesto a todo — siguió Javier —. Tú no

sabes lo horrible que es no saber qué hacer. Primero me gustaba vagar por las calles, ahora me pasaría los días tendido en el miserable camastro de mi aun más miserable cuchitril.

Torres no supo contestar. De lejos divisaron tendido en el suelo, un bulto informe y corrieron hacia allí a toda prisa.

Era el cuerpo de una mujer joven aun, una niña casi, que estaba tendida sobre la acera empapada de agua y respirando apenas. La blonda y abundosa cabellera toda rubia desparramábase formando un semicírculo y herida por la mortecina luz de un farol lanzaba vivos destellos.

Javier se inclinó sobre ella, examinándola. Tenía los labios hinchados, tumefactos; las mejillas enrojecidas por la fiebre y abiertos desmesuradamente los ojos azules. Debajo de su cabeza nacía un charco de sangre, seguramente una herida que se produjo al caer.

— ¡Es raro! — murmuró Javier —. ¡Esta niña parece estar borracha!

— ¡Qué bella es! — exclamó Torres, y en voz baja, como un suspiro, añadió —: ¡Y prostituta!

— Creo que te engañas. Ven, la levantaremos resguardándola de la lluvia en cualquier portal.

— No. Ve tú a donde nos esperan los amigos. Si encuentras algún coche hazlo venir y di allí que yo no tardaré en llegar.

— ¿Qué piensas hacer?

Javier escrutó detenidamente el rostro de su amigo.

— Llevarla al hospital. Aquí esta muchacha se morirá de frío.

Javier encogióse de hombros y prosiguió la marcha. Torres, haciendo un esfuerzo logró levantar a la joven apoyándola en el quicio de un portal. De pronto le pareció que entrecerraba los ojos.

— ¿Qué le sucede a usted? ¿Está mejor? — preguntó, atropelladamente.

— ¿Tú? ¿También tú? — balbució la joven.

Luego, abatiendo la cabeza sobre el pecho de Torres sollozando entrecortadamente. El, ya más tranquilo, siguió preguntando:

— Diga... ¿Dónde vive usted?

— ¡Tengo frío!

El acento era tan lastimero, que asomaron las lágrimas en los ojos del joven, y enternecido, la apretó contra su pecho.

En aquel momento, balanceándose violentamente a causa de lo mal empedrada que estaba la callejuela, llegó un automóvil. Torres le hizo señas para que se detuviera, y entre él y el chofer colocaron a la desvanecida en el asiento.

— ¿A dónde hay que ir? — preguntó el chofer.

El joven dudó un momento. Por último dió las señas de su casa.

* * *

Cediendo a un impulso compasivo, al comprobar que el desvanecimiento de la joven sólo era debido al golpe recibido al caer y al frío intenso de la noche, José Torres la llevó a su casa, confiando que el calor la retornaría. Sin tiempo para perder la dejó al cuidado de su sorprendida madre y salió de nuevo, corriendo en dirección hacia donde aguardábanle los amigos.

Aquella noche y por sorteo habían de decidir quién sería el encargado de matar al dictador, el cual, a su vez, escogería a otro de entre sus compañeros para ayudarle. Tenían armas y dinero preparado para facilitar la fuga de los ejecutores en el caso improbable de que éstos lograsen pasar inadvertidos; por otra parte el plan, magníficamente combinado, parecía infalible.

— ¿Y si me tocara a mí? — pensó el joven de pronto, estremeciéndose —. ¿Qué haría?

Dió varias veces vuelta en su cerebro a esta interrogación, temblando sólo al pensar que pudiera ser confirmado su presentimiento. No había pensado nunca en ello a pesar de ser él uno de los más entusiastas en llevar a cabo la empresa propuesta, y ahora, cuando el problema planteábasele en un momento artesala del definitivo, estremecíase pensando que sus manos, aquellas sus manos donde temblaba la pluma al desgranar como un suave canto la música sentimental de la poesía, no sabrían jamás mancharse con la sangre de un semejante. Tenía un alto concepto de la frase «Protesta», y veíase capaz de ahogar el morbo dulce y blanco del ensueño para dedicar a ella todas sus energías. Sin embargo... matar.

De pronto leve, apagado por el gemir lóbrego del viento, llegó hasta él el tintineo de once campanadas.

— ¿Cómo es posible? — murmuró —. ¿Tan tarde ya?

Y apretó el paso que fué lentamente convirtiéndose en una desenfadada carrera. Un sereno sentado bajo la

exigua marquesina de un portal le observó con la más profunda extrañeza pintada en su rostro, dudó un momento entre salir en su persecución o continuar sentado, para al fin encogerse de hombros zrrrebusándose en su abrigo.

Cuando Torres penetró en el local donde hallábanse reunidos todos sus amigos comprendió con una rápida ojeada que nada habíase decidido aún, extrañándole el silencio repentino que se produjo a su llegada.

Javier Lavega le llamó aparte haciéndole señas con la mano. El rostro del joven estaba muy alterado y un temblor convulsivo agitaba sus labios.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó Torres.

— A mí, nada. ¿Qué has hecho de aquella muchacha?

— Está en mi casa.

— Me lo figuré — exclamó Javier sonriendo amargamente. Y como quedara silencioso largo rato Torres, extrañado, volvió a preguntar, esta vez con vehemencia.

— Pero, ¿qué os pasa a todos? ¿Qué significa este silencio?

— Es el tributo anticipado que te rinden nuestros compañeros viendo en ti a un héroe futuro — contestó el joven con ironía —. Significa, Pepe, que tú eres el designado por la suerte para llevar a cabo nuestro propósito.

Torres no dijo nada, pero Javier le vió vacilar; palidecieron intensamente sus mejillas y hubo de apoyarse contra la pared.

— Sabía que te desesperaría esta designación — prosiguió Javier —. No temas, la he pedido para mí y sólo falta tu consentimiento para que se me otorgue.

Torres hizo un gesto.

— No seas tonto — añadió su amigo rápidamente —. Yo no tengo nada que perder y justo es que sobre mí recaiga este «encarguito». Tú tienes madre y eres su sostén. ¿Qué sería de ella...? Comprende.

— Acepto con una condición — murmuró tras una larga pausa.

— ¿Cuál?

— Seré yo el compañero que deberá ayudarte.

— Bueno.

Javier volvióse hacia sus amigos.

— Compañeros, José Torres acepta la proposición que yo os he hecho antes — exclamó.

Su rostro expresaba una resolución inquebrantable, una fe tan ciega en sí mismo, que todos sus amigos sonrie-

C.D.H.S.-A.E.I.

Bardous

ron satisfechos, seguros de que cumpliría lo prometido.
— ¿No te faltará valor en el momento decisivo — preguntó uno.

— No; y si así fuera podéis tomar en mí la venganza que creáis más oportuna.

Después de deliberar largamente quedó convenido que en una reunión a celebrar quince días antes del atentado, Javier Lavega designaría al compañero que debería ayudarle, y mientras tanto el joven estudiaría la forma que creyera más conveniente para realizar éste. Por fin fueron saliendo todos lentamente para no infundir sospechas y sin saludarse siquiera, tan absortos estaban en sus pensamientos.

Durante el trayecto que habían de recorrer para dirigirse a sus respectivos domicilios, Torres intentó varias veces hablar del compromiso contraído a su amigo, más Javier le atajó siempre con un gesto.

La lluvia había cesado ya, y por las estrechas aceras del barrio veíase de cuando en cuando transitar la sombra vacilante de algún borracho. Salían blasfemando de entre los hediondos figones, donde, a la luz temblorosa mortecina de una lámpara agrupábanse los hombres que allí sentados esperaban, aburriéndose el transcurso de las horas largas de la noche, para, al llegar el día, recogerse en sus casas con el cerebro embotado por el alcohol y el caos indescriptible de sus pensamientos.

— ¿Y eso qué es? — preguntó Torres de pronto, señalando hacia el interior de una taberna, acordándose de las doctrinas de su amigo.

— Eso es una fuerza que yace dormida esperando a un nuevo Espartaco — contestó el joven —. Una fuerza que se malgasta inútilmente en una protesta inconsciente contra todo lo establecido. Convence a esos hombres con hechos palpables, suaviza su actual modo de vivir y ninguno de ellos hallará placer emborrachándose hasta perder el sentido. Disciplínalos, organízalos bien y su fuerza no hallará dique capaz a contenerla.

C.D.H.S.-A.E.P.
Barcelona

IV

DUDAS

La juventud de una mujer dura hasta que llega a enamorarse profundamente de un hombre al que imagine desdichado. Entonces, con una generosidad absoluta, un desprendimiento que a ella misma sorprendería si pudiera observarse, se entrega por entero a aquel dulce ideal nuevo e indefinible, ahogando en sí todo germen de volubilidad y coquetería para dedicarlos por entero al hombre a quien ama.

Pero también si en esas circunstancias la duda llega a herirla ensombreciendo la pureza de sus concepciones, si esa duda no se deshace pronto con la luz de una certeza, del amor más exaltado, puede pasar a una indiferencia rayana en desdén sin que sean muy profundas las huellas de nostalgia que queden en su alma.

A María Luisa sucedíale poco más o menos lo mismo que a Javier. Varias eran las cartas que llevaba escritas sin obtener contestación, y esto, unido a los presentimientos de la joven, no desconocedora de la vida anormal que desarrollaba Javier en la ciudad lejana, fué el punto negro que oscureció la nitidez rosácea de su ilusión.

A pesar de todo decidió esperar antes de formarse una resolución. Estaba decidida a todo, incluso a ir de nuevo a la ciudad, segura de que algo le sucedía. A pesar de sus diez y ocho años, María Luisa era una muchacha valiente, decidida, y la firmeza y rectitud de su carácter impulsábase a buscar una aseveración, porque, mujer al fin, no podía desterrar de sí al atormentador fantasma de la duda.

— Javier te quiere — decíale su madre —, y haces mal en dudar de él. ¡Quién sabe lo que le sucede! Espera, espera aún.

Pero, esperando, la joven consumíase...

Aquella mañana un visitante, desconocido para ella, llegó a su casa con una carta. Era José Torres, ido a la ciudad por motivos de negocios relacionados con sus ocupaciones.

— Javier vive ahora en esos momentos angustiosos — ex-

plicó el joven en el transcurso de la conversación—. La tensión de sus nervios ha llegado a un límite insostenible, y, sin que se dé cuenta, está muy enfermo. Además, la falta de noticias en que usted le tiene... — Pero, ¡si soy yo quien no recibe carta de él! — interrumpió María Luisa.

— Es muy extraño todo esto. En fin, como comentario particular, diré a usted que Javier está próximo, muy próximo, a la desesperación. Quiere venir aquí de la manera que sea.

Continuaron hablando largamente, y María Luisa torturó en vano su imaginación, deseando descubrir cuál podía ser el motivo causante del desespero de Javier. Torres dió muchos detalles de la vida actual del joven, le juzgó imparcialmente y procuró por todos los medios no descubrir la verdad de lo que ya estaba próximo.

María Luisa, conteniendo las lágrimas, se levantó, desapareciendo del salón donde estaban, buscó papel y pluma y con mano febril escribió lacónicamente:

«No vengas de ningún modo. Nosotros nada tenemos ya que hacer aquí y regresaremos muy pronto. Te quiere, *María Luisa.*»

Entregó la carta a José Torres.

— Que no venga — murmuró —. Si me quiere de veras, me lo demostrará creyendo a mis palabras.

Y muy seria, con los labios fruncidos, abatió la cabeza.

Su imaginación hacía le ver en aquel momento un cuadro nada halagüeño. También para su familia eran los instantes agobiadores y la cerrazón no presentaba señales de desaparecer en el horizonte.

V

MÁS FRASES

Desde el día que Javier Lavega reclamó para sí el encargo de dar muerte al dictador, sus amigos, excepto José Torres, no habían sabido nada más de él, hasta el punto que llegaron a creerle incapaz de cumplir lo prometido. Sólo sabían que al día siguiente de la reunión el joven había ido al bar donde le fué entregada una pistola y abundantes cápsulas, y que no quiso res-

ponder a ninguna de las preguntas que le fueron dirigidas.

Javier paraba ahora muy breves ratos en su domicilio. Sin dignarse siquiera analizar los sentimientos que le dominaban, había aceptado la idea del atentado como si tratárase de un ineludible deber, y esto que durante unos días acaparó por completo toda su atención, había pasado ya a un segundo término, aunque él no podía tampoco precisar cuáles eran los pensamientos que ocupaban al primero.

Lo tenía todo calculado; la llegada del dictador estaba anunciada para un mes más tarde, y el joven, con los ojos penetrantes de la imaginación, veíase a sí mismo rodeado por infinidad de rostros desconocidos en cuyos labios fluctuaban sonrisas de una abyecta adulación; veía descender del tren la figura execrable del dictador, henchido el pecho por el orgullo del triunfo y desafiadora la mirada, y le veía momentos más tarde llevarse las manos al pecho herido, para caer al suelo dando un traspíe trágico.

Humano en todo momento, Javier sabía que aquello era la muerte, sin embargo la reflexionaba cual si en realidad no hubiera de ser él el ejecutor.

Acostumbraba a vagar por las afueras de la ciudad en un estado tal de inconsciencia, que ocurríale muchas veces llegar a su casa sin saber por dónde había estado. Su decaimiento moral era espantoso, y de día en día estaba más embotada la conciencia de sus actos. El amor había llegado a ser para él una obsesión. La belleza atractiva de María Luisa impresionábase aún más profundamente con la distancia, y muchas veces, henchido el pecho por una emoción indefinible, entrecerrados los ojos nostálgicos, donde aun moraban en dulce afinidad la utopía y el ensueño, el joven vió el mirar puro y tranquilo de la muchacha fijo en él con una tenacidad que escrutaba acusador, sin que, abstraído totalmente por su problema, supiera comprender de qué provenía aquella muda acusación.

Además su enfermedad, el desequilibrio nervioso que le impulsaba al movimiento, sin darle apenas tiempo para descansar, iba en aumento, y sólo Torres, conociéndole como le conocía, pudo en algunos momentos contenerle.

También para este último había variado en mucho la situación desde el día que, diviniéndose con Javier hacia donde sus amigos celebraban una reunión, hallaron en su camino, desvanecida, a una joven de singular belleza.



Llamábase Nieves, contaba escasamente diez y nueve años y su historia era la triste historia de la mujer que, criada en un medio ambiente misero, lucha para defender su independencia, rebelándose hasta contra los autores de sus días, sintiendo en su alma no manchada por el ejemplo arder la llama mágica de la ilusión.

Cuando volvió en sí de su desvanecimiento, al hallarse acostada en una cama que no era la suya, rodeada por personas desconocidas, Nieves se estremeció aterrorizada, para al fin, dos días más tarde, suplicar con lágrimas en los ojos a la madre de Torres que le permitiera quedarse allí indefinidamente. Sabía trabajar, y no sería ninguna carga para ellos; por otra parte, habría aceptado cualquier desesperada resolución antes no volver al hogar paterno con la perenne escena de la borrachera y la depravación.

Javier, sagaz y comprensivo, adivinó pronto lo que sucedería, y una noche, cuando hallábanse reunidos en el comedor de la casa, dijo, aprovechando un momento que quedaron solos él y su amigo:

— Tú acabarás por querer a esa muchacha.

— Quizá. Es dulce, buena y hermosa — contestó Torres —. Su dulzura vence.

Javier le interrumpió riendo:

— Perdona, amigo... Me he equivocado. Tú la quieres ya.

Con indescriptible ansiedad Javier esperó las noticias de su amada, que debía traerle Torres de la ciudad lejana, y cuando por fin pudo sentarse de nuevo junto a la mesa del comedor y su amigo le entregó la carta que llevaba, su corazón latió violentamente cual si de aquel leve trozo de papel perfumado dependiera la tranquilidad de toda su vida.

Torres, entretanto, había salido de la estancia en busca de Nieves, anhelante de sotarle el discurso amoroso que llevaba preparado. Halló a la joven sentada en una butaca del recibidor, aparentando leer una revista.

— Nieves — llamó débilmente. Y ante aquella su mirada límpida, ante sus labios que plégábanse deliciosamente al sonreír dulces, Torres vió venir abajo el edificio de dialéctica exaltada que cosquilleábale en los labios.

— ¡Si supieras cuánto me he acordado de ti durante estos días! — murmuró.

— ¡Eres muy amable, Pepe...! Aquí también sólo de ti se ha hablado.

Sin decir palabra, el joven sentóse al lado de la muchacha. Su mano, una mano blanca y gorduzuela, caía lánguidamente en un costado del sillón, y Torres, palpitándole locamente el corazón, la tomó entre las suyas. Nieves sonrió dulcemente.

— ¿Te has divertido mucho en la ciudad? — preguntó por decir algo.

Torres no contestó; habíase aproximado a ella y su brazo, pasando cuidadosamente por la espalda de la joven, le aprisionó un hombro. Las frases fluctuaban en sus labios pugnando por salir y Nieves las aguardaba ansiosamente, levantado el pecho escultural, conteniendo hasta la respiración.

Por último notó que cesaba la presión de la mano sobre su hombro, sintió a ésta posarse sobre su cabeza, obligándola a volverse hacia él, y cuando, con las mejillas arreboladas, brillante la expresión de sus bellísimos ojos glaucos, lo hacía, rápido como una exhalación vió juntarse a los suyos dos labios que murmuraban:

— Nieves... Te amo.

* * *

D.H.S. - A.E.P.

Barcelona

Habían quedado solos en el comedor, y Javier, observando atentamente el rostro resplandeciente y feliz de su amigo, comprendió los sentimientos que en poderosa avalancha desbordábanse en su pecho amante.

Por sus labios erró una sonrisa enigmática, y Torres, ante ella, vió desaparecer el mundo ideal de sus ilusiones, comprendiendo la verdad de sus pensamientos y esperando con ansiedad las frases que tardaba su amigo en pronunciar.

— Mi silencio sobre el compromiso que adquirí voluntariamente y que debo cumplirlo antes de quince días te debe sorprender, ¿verdad? — exclamó Javier de pronto.

Y como Torres permaneciera silencioso, el joven añadió, sin dejar un momento de observarle:

— Cuando en la reunión aceptaste mi propuesta fué con la condición de que tú serías quien me acompañaría... Yo dije sí a esto, aunque en realidad pensaba de muy distinto modo; ahora, no. En la reunión que celebraremos pasado mañana te nombraré a ti.

Siguió un silencio sólo interrumpido por el tictac del reloj que regulaba el monótono transcurrir de las horas.

— ¡Pobre amigo mío! — prosiguió Javier —. ¡Cuán

vulgarmente has caído en poder del amor! Tenías derecho a hacerlo, pero sólo estando libre de compromisos podías... No, no te necesito para nada; mataré a ese hombre porque sí; además, ya sabes cómo se castiga a los traidores; pero te quiero mi cómplice.

— ¿Y tu convencimiento? — preguntó Torres tímida-mente.

— No existe ya. María Luisa me anuncia su llegada para dentro de poco, y esta certeza, la seguridad de que poseo su amor en absoluto, debilita la ira de mi desesperación, ahogando en mí a ese furioso convencimiento... ¿Qué quieres, Pepe...? Esto es la vida. La negación del hoy quizá sea la afirmación del mañana; nada es seguro del mismo modo que nada es perdurable, y el humano no puede ser sostenido por la exaltación más tiempo del que permita la tensión intensa de sus nervios. No sabré matar impasiblemente, lo confieso. En el momento de levantar mi pistola no veré en ese hombre a un asesino más perverso que yo, sino que, como yo, veré en él a un humano, una obra de la Naturaleza a la que nadie sino ella puede destruir. Sí, ya sé que son estas palabras muy diferentes a las que pronuncié antaño, pero... esta carta, esta letra irregular, trazada por la mano de la mujer a quien quiero, me ha traído el beso puro e intenso capaz de levantar mi decaído ánimo.

— ¿Y no hay forma alguna para desviar tu compromiso?

Javier lanzó una carcajada.

— Te comprendo más de lo que crees... No, no la hay.

El silencio volvió a reinar de nuevo en la reducida estancia. Javier no habría sabido explicarse lo que sentía, y Torres, anonadado, temblaba convulsivamente. En aquel momento, así se lo confesaba, odiaba a su amigo.

Súbitamente una idea acudió a su cerebro. ¿Por qué hablan de matar? ¿Dependía acaso de aquel hombre la felicidad de la generación futura? Y aunque así hubiera sido, ¿quién les erigía a ellos en dueños de una vida?

— Es inútil cuanto hables, Pepe — murmuró sonriendo compasivamente—. Es también imposible volverse atrás. Fíjate bien... Si el amor, esa llama dulce y blanca, no hubiera prendido en tu corazón; si tu pluma, como la lanza de Longinos, no se hubiera clavado en el costado donde mora la dulzura, continuarías siendo un rebelde indómito, un furioso convencido... Demuestra que eres

hombre sobreponiéndote a la debilidad del amor. Sigue tu obra tal y como la habías comenzado; si con la agilidad de tu cincel logras modelar la estatua y aun te sobra mármol, entonces moldéate otra vida. Reorganiza tu fuerza, quebrantada por la violencia del primer choque; pero no rehuyas a éste, sino que quieres que tu vida pase estérilmente... Has confundido mis palabras. Yo lamento mi suerte que liga mis circunstancias tan contrariamente para mí, mas ni por un momento pienso en esquivarla.

Se levantó, disponiéndose a marchar. En sus ojos brillaba una llamarada de invencible orgullo.

— ¿Y no es lo nuestro soberbia? — preguntó Torres.

— ¡Soberbia! ¡Bah...! Llámale como quieras... Pero al hacerlo piensa que tanto la soberbia como la humildad son males del humano.

Torres cerró los ojos y dos lágrimas rodaron por sus mejillas pálidas...

VI

VACILACIONES

«Querido Javier: La visita de tu simpático amigo me ha llenado de confusión. Por más que quiso disimular, algo descubrí en sus palabras, por las que he podido colegir que un grave peligro te amenaza y espero intentarás desviar a éste aunque para ello sea preciso que ahogues en ti a tu natural orgullo. Te conozco lo suficiente para saber que no eres capaz de hurtar el cuerpo a un peligro, pero reflexiona que no es esa la manera más cuerda de comportarse.

Tiemblo al pensar la determinación que sobre ese peligro, ese «algo» que imagino puedes adoptar. No te extrañe la certeza con la cual te hablo, es fruto de amargas reflexiones, y aunque merecerías reproches por el silencio enigmático de tus cartas, me callo éstos en la confianza de que sabrás comprenderme. Quiero que seas para mí el hombre amante y franco que siempre fuiste, que me cuentes tus penas que también son las mías... En fin, espero con ansiedad tus noticias en las que

debes procurar calmar la zozobra que me aflige, y, entretanto, sabe que ni un momento se olvida de ti, tu

María Luisa

P. D. — En la próxima te diré fijamente cuál es el día de mi llegada.»

Javier una vez terminada la lectura, dobló el papel con cuidado, mecánicamente lo metió en el sobre y se levantó, poniéndose a pasear, midiendo a grandes pasos el exiguo cuadrado de su habitación.

— Esta noche he de nombrar a un compañero — monologó —, aunque no creo sea necesario para nada en absoluto su concurso... ¡Pobre Pepe! Creyó lo que le dije el otro día y estoy seguro que el miedo le haría cometer alguna locura si yo le nombrase ante los nuestros... ¿Y María Luisa...? ¿Qué pensará cuando lo sepa? ¿Me creará un criminal o un desdichado? Ni lo uno ni lo otro. La mujer no juzga al hombre si de veras le ama.

A través de los destrozados cristales que aparentaban proteger del frío a la mísera buhardilla, veíase a la ciudad toda envuelta en la bruma azulosa de la noche que llegaba lentamente. El cielo plomizo amenazaba lluvia y por los montes lejanos arrastrábase una niebla densa.

Javier se estremeció.

— ¡Cuánto frío! — gimió estremeciéndose —. ¡Y cuán inacabable es el invierno!

Unos golpecitos dados en su puerta le sobresaltaron, y al abrir encontróse frente al descompuesto semblante de José Torres.

— ¿Tú aquí? — exclamó asombrado —. ¿Qué sucede?

— He venido para que hablemos antes de vernos esta noche.

Sentáronse; Torres en una silla desvencijada, Javier a los pies de su cama. El silencio se prolongó durante un minuto.

— Desde que saliste de casa el otro día nada más he vuelto a saber de ti, y comprenderás... — Torres hablaba con lentitud, fijos los ojos en el suelo —. No te ocultaré que en realidad me impresionaron tus palabras, y creo que por mi actitud merecí tus reproches...; tienes razón, el amor es una debilidad, pero yo no puedo sus traerme a ella. En fin, estoy dispuesto a todo y seré tu amigo como siempre aun en los momentos más difíciles que por una malhadada decisión nos depare la vida.

— No hables más — le interrumpió Javier haciendo un gesto; y tras una corta pausa añadió, sonriendo tristemente —: Has torturado tu imaginación durante dos días; te has dicho todo cuanto puede decirse un hombre noble para convencerse de que no se ha portado como debía, y ello te ha llevado a la conclusión de llegar incluso al sacrificio...; sin embargo, todo ha sido inútil. No te necesito para nada, Pepe.

Torres le contempló con asombro.

— ¿Qué quieres decir?

— Para matar de un tiro a un hombre no se necesita ayuda alguna, créelo. Es tonta la idea de que vayan dos, pues uno estorbará al otro, impidiéndole obrar con independencia. Iré solo y cumpliré lo prometido.

— Pero, ¿lo harás gustoso?

— Francamente, no. Lee — y Javier alargó a su amigo la carta que momentos antes había recibido.

— Busco la lógica de todo esto y no la hallo en parte alguna — exclamó Torres al devolvérsela —. Te contemplo a veces y pienso, perdóname, que estás loco. ¿Cómo, en estas circunstancias, te atreverás a matar arrojando tu vida? ¿Y tu amor, la belleza de ese sentimiento que te sostuvo en días de pruebas difíciles?

— Calla — interrumpióle Javier —. ¿No comprendes que es inútil cuanto digas? La tiranía, encarnada en un solo hombre, es inaguantable por un orgullo que bien podemos llamar natural. Cuando esa tiranía contiene el avance de todo un pueblo es lógico destruirla, cualquiera que sea la forma que para ello se emplee. Visto así, mi acto sería meritorio; ahora bien: si vamos a profundizar en problemas sentimentales, verás que es superior el sacrificio al bien logrado; pero ya no es tiempo de volverse atrás. A un traidor o un cobarde se le castiga con la muerte, y nuestros compañeros jamás me perdonarían.

— Huye, no seas loco.

— ¡Cuántas ganas de hablar! Yo cumpliré lo prometido... Te lo aseguro.

Quedaron callados durante largo rato. Ambos hombres comprendían que no era lógica su forma de proceder; Javier hablaba del crimen como de algo sin fondo alguno de trascendencia, y sin realidad; las frases para él eran huecas, sin sentido, y las pronunciaba con una inconsciencia dolorosa. Entretanto, Torres pensaba en hallar una solución independiente a los deseos de su amigo.

Había ido allí decidido a correr la suerte con él, sacrificando un porvenir que presentábasele risueño, y, cosa extraña, ahora que veíase libre no experimentaba por ello ninguna alegría, más bien habríase dicho que apenábale la resolución de Javier.

— ¿Y Nieves? — preguntó éste de pronto.

— Está bien — respondió Torres con extrañeza jovial.

— ¡Cuán felices seréis! — la frase salió de entre sus labios apretados como un lamento, un quejido de insondable amargura.

Habían palidécido sus mejillas y las mandíbulas temblábanle convulsivamente. Por un momento se sintió desfallecer, y haciendo un violento esfuerzo murmuró aún:

— Algún día os acordaréis de mí y entonces...

Intentó incorporarse, cayendo sobre el lecho. Una espuma sanguinolenta jugueteaba en sus labios plegados dolorosamente, y ante ella Torres tembló de pies a cabeza.

— Javier... Javier — sollozó débilmente.

Y arrodillándose junto al amigo, sintiendo como una congoja intensa atenazábale la garganta, tomó su rostro entre ambas manos y le besó en la frente.

* * *

Poco más de las diez de la noche llegó José Torres al local donde reuníanse los amigos con una carta de Javier, en la cual el joven decía que no fuera tomada en cuenta su ausencia.

Decía, entre otras cosas, que confiaran en él, y que como para nada le era preciso, evitaba nombrar en su carta a ningún compañero; por lo demás, «su resolución estaba bien formada y nada ni nadie podría variarla».

Torres explicó detalladamente el estado grave de su amigo, diciendo que a pesar de la seguridad absoluta que demostraba en su carta, dudaba mucho que pudiera llegar a cumplir lo prometido.

El rostro del joven estaba demudado, pálido; sin embargo, brillaba en sus ojos una llama alegre y viva. Había concebido un plan para evitar que Javier fuese a lo que llamaba el sacrificio.

— ¿Y dices que está muy grave? — le preguntó Luis mirándole a los ojos fijamente.

— Sí. Y lógico que así sea. Su vida, de un tiempo a esta parte, viene desarrollándose de un modo muy anormal.

— ¿Podríamos ir a verle?

— ¿Por qué no?

Con todo, los ánimos estaban muy decaídos y la duda herfiales en lo vivo, aunque no se lo confesaban. Habíales sucedido muchas veces hallarse a disgusto entre todos, sentir gravitar sobre ellos el peso de algo incognoscible; y una sombra que oscurecía la nitidez de su ideal y la sola presencia de Javier, con su rostro franco, su cuerpo potente, donde antaño vivían en constante floración la fuerza y la virilidad, bastaba para comunicar el optimismo a sus pensamientos.

Ahora no; todos vacilaban, desconfiando ya de él sin saber por qué, y Torres, atemorizado, decidió aprovechar la enfermedad aquella para demostrar con pocas palabras que Javier estaba ahora más dispuesto que nunca a realizar el atentado, sin fijarse en que contradecía sus primeros juicios.

— Su estado puede ser calificado de extraordinario — dijo —. Obra con una inconstancia desorientadora, es inconstante hasta la monomanía, y en las largas conversaciones que hemos sostenido, sólo una idea fija he podido apreciar en él: la del atentado. Con una atención que el esfuerzo hace dolorosa, ha planeado todo lo que a éste se refiere y hoy ya ha dejado de pensar, seguro de que no le faltará el valor ni la decisión en el momento supremo.

— Luego, ¿tú crees que podemos aguardar esperanzados? — le preguntaron.

— Ciertamente.

Hallábase violento y hubiera deseado marcharse de ante sus amigos a los que traicionaba con el pensamiento. Por más reconvenções que a sí mismo hiciese, hallaba perfectamente lógica su actitud; decíase interiormente que tampoco había nobleza en aquellos hombres, pues si tan convencidos estaban con su ideal, un ideal que no había dejado de ser el suyo, debían lanzarse todos en masa a la calle y no tolerar que estérilmente pereciera un compañero.

A todo habría recurrido antes de conformarse a perder el amor que sonreíale... Javier... también salvaría a su amigo.

— ¡Estás desconocido, Pepe! — le dijo uno al salir, y en el tono de su voz había tristeza y reconvenção —. ¡Pareces otro!

— Pues te equivocas. Siempre soy el mismo.

Barcelona

VII

COINCIDENCIAS

Agil, saltarina, cimbreante el cuerpo escultural, Javier la vió apearce del vagón con una dulce sonrisa a flor de labios, erguida la cabeza sobre cuya amplia frente jugueteaban varios ricitos rubios como las espigas madura. El corazón del joven latió con inusitada violencia y por más esfuerzos que hizo no pudo contener las lágrimas que asomaron a sus ojos.

— ¡María Luisa! — le tomó las manos apretándola contra su pecho. Ella abatió el rostro sollozando feliz. La emoción paralizó los labios y permanecieron estrechamente abrazados durante unos segundos. Los viajeros que descendían del tren les contemplaban sonriendo irónicamente.

— ¡Por fin he vuelto! — murmuró ella pasado el primer momento de cariñosa efusión —. ¡Si supieras cuán largos se me hacían los días, Javier! Pero ahora ya no nos separaremos jamás, ¿verdad?

— No... es decir...

Javier se mordió los labios. Las frases de su amada volvíéronle en un instante a la realidad y sintió helarse la sangre en sus venas.

— ¿Qué significa ese *es decir*...? — preguntó María Luisa, observándole inquieta.

— Nada... hoy nada.

Y para evitar dolorosas sensaciones, salió al encuentro de la madre de ella, que llegaba cargada con las maletas.

Eran las once de la noche, y la llegada del dictador estaba anunciada para el día siguiente a las diez de la mañana. Javier maldecía aquella fortuita coincidencia y fatalista en todo momento, culpó a su mala suerte, pues pensaba que ahora sería mucho mayor su sacrificio. Debía vencer, cuando llegara el momento, a su natural repugnancia y al sentimentalismo que a raíz de aquella entrevista con su amada, tanto tiempo ausente, desbordárase en su pecho.

Al echar sobre sus hombros la carga de tan dura misión, no pensaba Javier más que en favorecer a un ami-

go al que sabía incapaz de cumplirla. Si hubiera podido reflexionar, si su estado hubiese sido menos anormal, habría dejado que la suerte fuera la encargada de decidir, y él, permaneciendo al margen de la cuestión, se habría salvado fácilmente, resistiendo con estocismo las privaciones que agobiábanle en aquellos días crueles.

Con la llegada de María Luisa el joven comprobaba con desesperación que sentíase más hombre y más fuerte. Comprendía, aunque tarde, que era un esclavo del amor, y ver a éste tan seguro y pensar que iba a perderlo voluntariamente, le exasperaba hasta lo indecible.

Por el preocupado semblante de su novio comprendió María Luisa que no eran infundados sus recelos al pensar que algo muy grave le sucedía.

Habían montado en un coche que debía conducirles a su nuevo domicilio, y Javier pasando una mano por su cintura la apretaba contra él fuertemente, si bien sus ojos sólo una invencible tristeza denotaban.

En silencio transcurrió todo el viaje, y cuando al fin penetraron en el piso que ex profeso había sido amueblado con anterioridad, ambos jóvenes quedaron solos en la habitación destinada a recibidor, sentándose muy juntos.

— Me das miedo, Javier — exclamó de pronto María Luisa —. Me decías en tus últimas cartas que estabas enfermo, lo cual me inquietó mucho. ¡Si supieras cuán grande ha sido mi alegría al verte en la estación...! Sin embargo, algo te sucede aún, y debe ser muy terrible puesto que no quieres contármelo.

— No es nada, María; créelo así. Como te dije, he estado enfermo, y la anormalidad que ves en mí puede muy bien ser fruto de esta causa.

Se interrumpió, tomándole las manos.

— ¿Creeñas siempre en mi amor? — inquirió bruscamente.

— ¿Acaso he dejado de creer en él? ¿Por qué lo preguntas?

— No me mires tan interrogativamente, María Luisa — prosiguió Javier —. Ahora me voy... estás cansada del viaje y necesitas descanso; mañana a las ocho, no más tarde, asómate a tu balcón. Me verás y... quién sabe.

Iba a añadir «si será por última vez»; mas se contuvo.

— De todos modos, suceda lo que quiera mi suerte, está segura de que eres tú mi único amor, la única ilusión ya de mi vida.

Se levantó vacilando, y María Luisa arrojóse a su cuello.

— No... no quiero que te vayas — sollozó —. Dime lo que te pasa

— Te digo que nada... Mañana... mañana tal vez.

La abrazó besándola en los labios intensamente, luego, casi con brutalidad, separó de su cuello los brazos de la muchacha, murmurando:

— No te mezcles en mi senda dolorosa, por favor, María.

La joven hizo ademán de avanzar de nuevo hacia él, pero su mirada fría e irritada a un tiempo la contuvo. Javier se encogió de hombros y salió del piso sin pronunciar palabra.

VIII

AMISTAD

Javier no volvió a su casa; mentalmente habíase despedido de ella ya, y aun cuando hubiera logrado escapar a la ira que forzosamente desencadenaría su actitud ante el grupo de aduladores que acudiría a recibir al dictador, no habría vuelto a encerrarse dentro de aquellas cuatro paredes donde tanto sufrió.

Pensando en la forma de emplear las horas que faltábanle para llevar a cabo el atentado, comenzó a deambular por las calles, sin fijarse en el camino que recorría, hasta que una idea acudió a su cerebro.

¿Qué pensarían en aquel instante sus amigos? Confían en él?

Seguramente que pasarían la noche sentados en torno a las redondas mesas del bar, charlando de cosas triviales para ocultar su nervosismo, en espera de la mañana que traeriales la aseveración o el silencio precursor del fracaso. Iría a verles sin ser visto, pasaría ante las vidrieras del café rápidamente, y una sola ojeada bastaría para comprender el estado de ánimo que les embargaba.

¿Y María Luisa?

El joven sonrió dolorosamente. También a ella la veía, ágil, inclinada de puntitas en el balcón diciéndole

«adiós» con el pañuelo y sonriendo alegremente, sin presentir que quizá era aquella la última vez que le veía. Su suerte estaba echada desde hacía tiempo y no se daba cuenta de ello hasta ahora, cuando miraba a todas partes con ojos cansados, pensando en que la perdía de una vez para siempre, y en aquellos amigos a los cuales aprovecharía su sacrificio.

José Torres.

Otro nombre que igual al de ella tenía para Javier resonancias dulces y dolorosas a un tiempo. A él, al amigo fiel, romántico y bueno, también le perdería...

Sin darse cuenta, las lágrimas resbalaban por sus mejillas y el joven sentía que el dolor paralizaba sus miembros, impidiéndole el movimiento.

Llegaba ya cerca del bar cuando de éste vio salir a Torres, que emprendió la marcha en dirección a él, avanzando rápidamente con la cabeza abatida. Javier se ocultó con presteza en el quicio oscuro de un portal, deseoso de no ser visto, mas al verle pasar tan de cerca no pudo contenerse y alargó un brazo.

— ¡Javier!

El rostro de su amigo expresó la estupefacción.
— Están allí, ¿verdad? — preguntó Javier, mirándole con ojos extraviados.

— Todos. Yo he ido a ver si te veía

— ¿Y qué piensan?

— Ni ellos mismos lo saben — contestó.

Siguieron andando juntos y alejándose del bar con rapidez. Torres hablaba atropelladamente, casi con alegría, y Javier le observaba con atención, reflejada en sus ojos la extrañeza.

— Es preciso que no mates a ese hombre, Javier.

— ¿Matarlo? ¡Bah...! ¡Quizá no pueda hacerlo!

— ¿Por qué?

Javier sonrió.

— Vienes influido por el ambiente — dijo —. ¿Acaso mis movimientos son precisos como los de una máquina? ¿No puede fallar mi brazo, en cuyo caso todo estaría perdido? No hablemos de esto, por favor... ¿Eres feliz?

— Mucho. Poseo el amor y la ilusión; pero, ¿y tú?

— Hoy ha llegado María Luisa.

Hablaba de mala gana, y de pronto se detuvo en medio de la calle haciendo señas a su amigo para que continuara avanzando. Torres comprendió, alejándose sin decir palabra.

— Si imaginara lo que le aguarda — pensó.

Entretanto, Javier, con el cuello del gabán bien levantado, acariciando la pistola que ocultaba en el bolsillo derecho, siguió andando hasta llegar a un paseo público en uno de cuyos bancos se sentó, quedando ensimismado, adusta la expresión de su rostro.

Cuando volvió en sí parecióle al joven que no habría durado más allá de diez minutos su ensimismamiento; sin embargo el sol brillaba ya en el horizonte y la ciudad iba lentamente resurgiendo a su vida cotidiana.

— ¿Qué hora será? — pensó levantándose y dirigiéndose rápidamente hacia el domicilio de su novia.

Miles de problemas nimios ocupaban ahora toda su atención, y si en aquel instante hubiera encontrado a un amigo cualquiera que le hubiese preguntado a dónde iba, no habría sabido responderle.

En el reloj de un campanario vió la hora: eran las siete y media, y pensó que tenía el tiempo muy justo.

* * *

Apenas hacía un minuto que aguardaba en la esquina, cuando María Luisa se asomó al balcón, haciéndole señas para que esperase. Momentos más tarde reuníanse ambos en el portal.

— ¿Qué es lo que he de saber hoy? — le preguntó ella con vehemencia, tomándole las manos.

En el rostro de la joven aparecían las huellas delatoras de una noche de insomnio. La palidez de sus mejillas hacía destacar aun más el brillo rojo de los labios breves, y sus ojos brillaban entristecidos.

— Espera, espera — contestóle Javier —. Quizá no sepas nada; veremos.

Si no hubiera estado tan preocupado seguramente habría fijado en dos hombres que le seguían hacia largo rato y que ahora aproximábanse a él andando con recelo. María Luisa los vió, señalándolos a su amado.

— Parece que vienen hacia nosotros. — Y como Javier palideciera, la muchacha se estremeció, creyendo comprender algo. — ¿Qué has hecho, Javier?

No le dieron tiempo a contestar. Los dos hombres llegaron hasta ellos, encañonando al joven con sus pistolas.

— Manos arriba.

El joven obedeció sin pronunciar palabra, y mientras uno de ellos no cesaba de encañonarle, el otro mostróle una chapa de policía y le registró hasta hallar en sus bolsillos la pistola.

— ¿Nos hará el favor de explicarnos para qué usa usted este juguete?

Javier sonrió satisfecho. ¡Estaba salvado! Sus compañeros jamás podrían decir que fue un traidor.

Y fingiendo gran contrariedad, dijo encogiéndose de hombros:

— No para jugar precisamente.

— Queda usted detenido por tenencia ilícita de armas.

Javier volvióse hacia su amada abriendo los brazos.

— ¡María Luisa!

Y al besarla en los labios tiernamente añadió:

— ¡Esto es lo que tenía que contarte hoy!

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona